

por la coacción violenta que le constreñía con sus impulsos á obedecer en lo externo á las autoridades constituídas y á las leyes coercitivas bajo reserva de obediencia. Pero tal protesta no surgirá en el banquete; bien al revés de las otras restantes, cuya influencia se dejará sentir en todas partes y de todas maneras, muy especialmente ahora, en esta grande asamblea de gentes, entre las cuales habla varias muy embargadas por los problemas relativos al pensamiento y al espíritu.

—Vamos, Lucano — dijo Persio á este su amigo. — ¿Has escrito algunos hexámetros acerca de las guerras civiles?

—Vaya si he escrito. Ya sabes que no quiero dejar pasar día ninguno sin poner alguna piedra en estos versos, á los cuales por completo libro el honor y el lustre de mi nombre.

—Haz cuanto puedas, y tú puedes mucho, por infundir en el pueblo romano aquellos dignos odios que merece una calamidad tan grande como la civil discordia.

—Las guerras civiles — dijo Séneca — perdieran á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio, desconfiaban hasta del ser ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la Materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destrozaban los más fuertes y los más vigorosos organismos. Sylla representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylla por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgustado de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta

realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase por necesidad en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida.

—Permíteme, Seneca, permíteme á mí, tu discípulo y hasta cierto punto tu hijo, no estar contigo en eso de hallarse con lo porvenir César. Yo, así en poesía como en política, estoy con Pompeyo. Creo que no solamente representaban Pompeyo y Catón lo pasado; creo que representaban lo porvenir también.

—Tienes razón, Lucano — dijo Persio disintiendo en absoluto de Séneca, — no puede representar lo porvenir, según las idealizaciones prestadas por tus pensamientos á los hechos, un partido á cuya cabeza estaba un Antonio, el brazo verdadero de César, el que fundó en último término el poder imperial por su fuerza como aquél por su idea. Yo no conozco dos tipos tan repugnantes como la hombruna y soldadota Fulvia con su marido Antonio.

—Con él casualmente ahora estoy, con él en danza y con su esposa Fulvia. Este Antonio, por lo mismo que había sido toda su vida un pretoriano, se daba sin escrúpulo ni freno á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules, y en efecto, no supo apartarse ni un momento de su respectiva Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió siempre. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación queda siempre. Fulvia debió seducirlo y avasallararlo, no para satisfacción de su amor, para satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguna como él podía con sus fuerzas brutales aplastar á Cicerón, el enemigo de aquella mujer. Fulvia se valió de Antonio, como pudiera valerse de una espada, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua, la lengua del primer orador latino. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su dama se completaban grandemente. Fulvia no parecía la mujer, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de músculos vigorosísimos, era como un verdadero centurión. Erguidísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, ancho de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable al combate y al placer, merecía

y justificaba su descendencia del divino Hércules. Un milite, un bárbaro, el pretorianismo hecho carne y hueso y sangre: tal era el nuevo esposo de Fulvia. General, se le hallaba más en la cantina que en el pretorio; ciudadano, más en la taberna que, en el comicio. Aquel hombre había de acostarse todas las noches con su mujer y con su espada. El pretoriano le quería porque jugaba con la gente militar á los dados, con la gente militar se reía y trincaba. Ebrio siempre, no perdía el seso nunca si de cosas guerreras se trataba. El cielo habíale concedido un don suyo tan precioso como el don de la elocuencia, ruidosa, fastuosísima, oriental en sus labios. Crecido entre asaltos, despojos, sacos, incendios, matanzas, no conocía el precio de la vida humana ni el valor de la propiedad particular. Él mataba las personas como si fuesen moscas y entregaba los tesoros de otros á quien le parecía como si fueran suyos. Robó mucho, pero también repartió más que robaba. Su odio á Pompeyo provino de haberle pedido el precio de una casa que le vendiera. Dos cualidades tenía, la de retórico y la de actor. Hablaba profusamente, con mucha copia de imágenes. Representaba todos los papeles, pero con la inmensa distancia de sus modelos que hay desde el teatro al mundo. Caricaturaba perfectamente á César, pero no hacía más que caricaturarlo. El dictador le amaba mucho, porque le parecía la fuerza material necesaria para cumplir sus ideas. Cuando entró en Roma tras el triunfo en España, llevólo consigo sobre su carro. Calpurnia, la viuda de César, le dió el testamento y el tesoro de su marido; pero no pudo, no, darle su genio y su espíritu. Hombre tan extraordinario se llamó con razón la espada de Fulvia. Ésta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Cien veces combatió á su lado, cien veces compartió sus peligros y cien veces holgóse creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

Fulvia reinaba sobre Antonio y le impelía con furor á la dominación para el desquite apetecido. Pero Antonio, comprendiendo la complicación en aquel momento de los factores que componían

la suma llamada pueblo rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiempo y al poder de las circunstancias. Así adulaba de continuo á los



Lucio Antonio

senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos; y procedía con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros de César sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste

sobrino de César. Pero César, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier de adopción, parece imposible que tomara forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un heraldo. Así que oía un trueno se ocultaba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes, era cruel. Este hombre debió habérselas con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarlas por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedirle nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole bastante fuerte para combatir al pretoriano y bastante sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido, Fulvia le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo por las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y á su mujer la venganza. En tal estado Roma, la cabeza de Cicerón estalló y el genio maravilloso de su elocuencia produjo las filípicas enderezadas contra el pretoriano. En tamañas arengas el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes. El furor de Fulvia contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio y sobre todo

contra ella. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas, pero ya se adivinaba lo irreconciliable de su odio al pretoriano y su resolución de sostener á Octavio. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la República y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por Fulvia, le injurió, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo, considerada por el universal sentir como la primera entre todas sus arengas y propuesta de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante de haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo augur, así como la oposición tribunicia siendo cónsul, y rodeádose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro tiempo de la virtud y del honor. Vil gladiador, grosero, falsario, asesino le llama, y aún le parece muy escasa y muy pálida la sarta horrible de sus crueles adjetivos. Atribúyete con testimonios fehacientes el proyecto de quemar á Roma, destruir la República y degollar todos los ciudadanos. Cicerón se creía de tal modo, tras la ruptura entre Antonio y Octavio, seguro de la República y de la libertad, que defiende la muerte de César, diciendo cómo todas las gentes honradas le habrían inmolado, porque si á unos les faltaron los medios, á otros las resoluciones, á muchos la ocasión, á nadie le faltó la voluntad. En este maravilloso monumento de la palabra humana nos describe al pretoriano en sus relaciones con las mujeres y nos recuerda mil curiosidades interesantísimas. Es de ver Antonio en su carreta gala, precedido, como un dios, de lictores coronados, llevando consigo en abierta y despe-

jada litera una cómica, delante de la cual debían postrarse los ciudadanos más honestos, entre las burlas de una juventud epicúrea, que, borracha, sensual, devorada por todos los vicios, llenaba los aires de dicharachos y de blasfemias. En su horrible ligereza tal hombre no podía ejercer ni siquiera la virtud sino dándole aspecto de aventura. En sus regresos al hogar legítimo, en sus aproximaciones al tálamo que leyes y liturgias consagran, en su comercio y trato con la mujer propia, debe de haber algo de teatral, algo de bufón, algo de ridículo que revela al consumado comediante. Vuelve de la guerra y corre á su casa, como si, en vez de habitarla, quisiera conspirarla.

— Comprendo — dijo Persio, — cuán furiosa Fulvia se pondría con todas estas acusaciones y todos estos cargos tan justos. Tanto como nosotros mézclanse nuestras mujeres en las discordias y en las competencias romanas. Las dinastías de aquellas Egerias, Lucrecias, Virginias, Veturias, que se unieron al nacimiento del patriciado sabino, á la fundación del régimen republicano, al advenimiento de las libertades nuevas y democráticas, á múltiples gloriosísimas obras, continuó en este período y se prolongó hasta los últimos días del imperio, es decir, hasta la consumación completa del romano espíritu y el término de su gloriosa historia. Mario, no contento con haber tomado esposa en la familia de los Julios, llevó siempre á su lado, consultándola en sus apuros, la sacerdotisa siria, que bajo el nombre de Marta, envuelta en púrpura, blandiendo una lanza, por hiedra reluciente siempre ceñida, representaba una especie de oráculo. No hay hombre célebre de aquellos tiempos que no tuviese mujer tan célebre como él á su lado. El mundo atribuye la riña entre Pompeyo y César á la muerte de Julia, hija de éste y de aquél esposa. Cicerón en todo consultaba desde su juventud á Terencia. La mujer de César, Calpurnia, tuvo más previsión dormida que su gran compañero el dictador despierto. Afrania, la mujer de Lúculo, abogaba como un vocero, como un jurisconsulto cualquiera en los litigios. Una comedianta como Precia gobernó una ciudad como Roma por el amor de Cetego. Cecilia, la esposa de Léntulo, se bebía un millón de sestercios en cualquier orgía de actores, disolviendo perlas en vinagre. Servilia no se contentó con dominar á Catón, su hermano; dominó á César, su amante, de quien

creyó tener á su hijo Bruto. Fulvia pudo antes que Cleopatra sojuzgar al indómito Antonio. Estudiando á Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, se estudia una de las más brillantes fases del genio y del espíritu romano.

— El estado espiritual y social de Roma — dijo Séneca — ofreció nueva ocasión muy pronto á los deseos vivísimos de la impúdica Fulvia. Estudiando las oraciones de Cicerón descúbrense á primera ojeada en ellas cómo la corrupción de su tiempo gangrenaba el pensamiento y el ánimo mismo de un estadista, en quien debían revelarse fuerzas tan espirituales de suyo como la idea y como la palabra, careciendo por completo de fe viva en las virtudes y autoridad de las leyes, tan respetadas antes, ó en la fuerza moral de nuestras instituciones republicanas. En su combate con el pretoriano Antonio, con aquel fundador de la monarquía militar, no contaba el estadista parlamentario y republicano con el pueblo idólatra en otro tiempo de la República, ni con el Senado, dispuesto en otro tiempo á contrastar todas las disminuciones de su poder soberano. El pueblo había querido abrasar con las teas desprendidas del brasero donde ardieran los despojos del dictador la casa de los libertadores, y el Senado había ofrecido á César aras y altares como á Dios, inmolando en ellas algo menos cruento, pero más significativo que las víctimas humanas, los propios poderes y los antiguos derechos. Cicerón, el orador, fiaba, durante su combate con el brutal Antonio, la resurrección de su república y de su libertad nada menos que al hijo de César, á Octavio en persona. Para vencer á su enemigo divinizaba sin medida, en frases encomiásticas propias de cualquier viejo cortesano retórico, á su amigo, hasta ponerlo en los celajes de una increíble apoteosis, y no se le ocurría en su previsión ciega ninguna de estas dos fáciles contingencias: primera, que Octavio le destruyese á él después de haber destruido al pretoriano infame; segunda, que Octavio se pusiese de acuerdo con Antonio para perderlo á él y perder con él todas las instituciones republicanas, tan molestas á la postre para el esposo de Fulvia como para el hijo de César. Y esta última contingencia, fácil de prever, sobrevino. Mientras Cicerón, al ver que Antonio se iba en correrías continuas de Brindis á Módena, recogiendo allí veteranos contra Octavio y peleando aquí en contra de senatoriales como

Décimo, en quien libraban sus esperanzas muchos respecto de lo futuro, al ver que Octavio le visitaba en sus quintas á él y le requería para que defendiese la vieja tribuna contra el aspirante á la monarquía militar, creyó restaurada la República; y como viera Casio, republicano, en Siria; Bruto, republicano, en Macedonia; Sexto, republicano, en Sicilia; Décimo, republicano, en las Galias Cisalpinas; los senadores volviendo por sus derechos; el pueblo aparentemente resucitado por el relámpago de una tempestad fugaz que lo movía y no lo avivaba, se dió con todo su espíritu y con todo su ánimo y con todas sus fuerzas al restablecimiento del régimen republicano, que tomaba en sus últimos días las apariencias de vida tomadas por casi todos los moribundos poco antes de su extinción total y muerte definitiva é irremediable. Pero al escuchar ó leer Octavio en la segunda filípica de Cicerón todas las frases referentes á su regreso hacia la forma republicana y todos los loores elocuentísimos al acto de Bruto y Casio, le asaltaron escrúpulos y empezó á propender hacia quienes representaban la tiranía y á huir de quienes representaban la libertad. Y en efecto, mientras Cicerón, á los sesenta y cinco años ya, consumía los últimos esplendores de su elocuencia inextinguible, loando á Octavio y á Lépido, estos caudillos, acompañados por sus respectivos partidarios, veteranos y gladiadores, ibanse á una isla fluvial, cerca de Bolonia, y se reconciliaban con el denostado Antonio al par que con su mujer Fulvia, y se repartían el mundo y el ejército romano, alzándose con el gobierno de la república bajo una forma y una denominación como la forma y la denominación de triunvirato. Pocas escenas históricas tan curiosas cual aquella representada por los tres infames histriones Octavio, Antonio y Lépido, al avistarse unos con otros en medio del río. Sus respectivos ingenieros habían fabricado los puentes para el paso, no fuera que descuidos ó traiciones los echaran al agua. Las huestes de cada cual ocupaban las vecinas líneas, ignorando si debían ofenderse ó abrazarse. Cuando pasaban por el puente los jefes, dirigióse cada cual á sus sendos amigos recientes, preguntándoles si llevaban ó no armas ó cortes guardados entre los pliegues de sus túnicas. Por fin pasaron los tres sin recelo y se repartieron la tierra en una solemne conferencia, decidiendo vender los amigos que fueran enemigos de los demás y extirpar definitivamente la libertad

con la República. Y mientras tanto Cicerón fulminaba sus frases contra los antonianos todos, no sólo por enemigos de su causa y de sus ideas, sino por enemigos de Octavio. Especialmente con Fulvia estuvo implacable. No puede llevarse más allá la elocuencia



Octavio

humana, y por lo mismo no puede, no, abrirse una más profunda herida en el alma que doliera con tanta intensidad y provocara la sed natural de una pronta venganza. En la segunda filípica deduce los horrores que caerían sobre Roma con la dominación antoniana del espectáculo dado por el general y su mujer en Brindis, al degollar bajo un techo amigo y hospitalario la gente más valerosa del ejército y la más honrada entre los ciudadanos, gozándose con los estremecimientos de su agonía y recibiendo como una lluvia bené-

fica en sus rostros el salpiqueo de aquella noble y encendida sangre. Tras llamar á Fulvia y Antonio asesinos, los llama también mercaderes, pues dice que salían los privilegios para los reyes y entraban los precios varios de tales dones en las bandejas y en las canastillas de Fulvia. Y no solamente la insulta en su vida de aquellos días, se revuelve contra sus mayores y concluye por cebarse hasta en los huesos de sus muertos. So pretexto de volver por la madre de Octavio, ensaña con el padre de aquella Fulvia, «tan excelente, dice, por lo menos, tan rica y potentada,» con cruel ironía. Cuenta que se llamaba el padre de Fulvia «Bambaleón,» debiendo tan ridículo apodo á la tartamudez de su lengua y á la corteidad de su inteligencia. Por último, en la quinta de sus arengas contra Marco Antonio llama vil mercado á su hogar, y funda su juicio en que su mujer, más afortunada con los pueblos que con los maridos, saca las provincias para los procónsules y los reinos para los reyes en almoneda y subasta. No hay para qué decir cómo todas estas acusaciones habrían emponzoñado el ánimo y el pensamiento de Fulvia, resueltos con resolución indeclinable á procurarse por todos los medios el holocausto á su persona de semejante deslenguado. Y aún estaban tales palabras en los aires cuando ya se habían repartido los triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabezas de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre. Octavio por su parte dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienas. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto, en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente, degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas cual si bostezaran, se oyeron aullar los perros cual si plañeran con anticipación las agonías de sus amos, se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en

el recinto de la Ciudad Eterna husmeando la carnicería, los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asolamientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer y se dieron salarios previamente presupuestos á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los designados escaparse quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; imaginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún por aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

— Perfectamente has descrito, Séneca — dijole Persio, — el terror difundido en Roma por la exaltación del triunvirato. Ahora describenos tú, Lucano, la muerte de Cicerón; pues únicamente ideas de tristeza deben poseernos en estas orgías del Imperio.

— En cuanto supo Cicerón que Octavio le había vendido á Marco Antonio, huyó — dijo Lucano. — Así llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, como convidándole á vivir con la intensidad infinita de luz y con la exuberancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aún de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á nin-